

El 'livingstone' de los riñones

España inventó el chupa-chups, la fregona y el ureterorenoscopia, con el que se acometen en todo el mundo operaciones renales sin bisturí. El doctor Pérez-Castro ha ahorrado millones de cicatrices

En 1979 consiguió entrar en un riñón con un endoscopio y tomó esta radiografía.



El doctor Enrique Pérez-Castro, en su despacho. :: MARTA JARA



Pese a su aspecto de doctor serio, casi infalible, y ese movimiento suyo lento, Enrique Pérez-Castro reconoce que su defecto es un cierto descaro, una suerte de atrevimiento imparible que le ha traído «algún que otro problema». En lo referente a su carrera como urólogo, dar el paso sin pensarlo dos veces y decir todo lo que se le pasa por la cabeza ha sido también una virtud. De no haber gozado de esa espontaneidad, quizás no se hubiera levantado de aquella silla después de la conferencia del doctor alemán Reuter en los años 70 y le hubiera dicho esto: «¿Me puedo ir con usted a aprender lo que sabe?».

Como si un estudiante de Economía se cuela en una reunión del G8. Reuter era un gurú de la urología y Pérez-Castro, un alumno de Medicina, pero ese impulso suyo iba a ser el germen de la carrera de uno de los mejores médicos del mundo y el inventor de una herramienta que a día de hoy sigue ahorrando 'sietes' de un palmo en el abdomen y cirugías abiertas a millones de personas.

España ha inventado el submarino, el chupa-chups, la fregona

na y el teleférico, pero también el ureterorenoscopia Pérez-Castro, que se utiliza en la mayoría de los hospitales desde que el doctor que le da nombre lo 'pariera' en 1980. Aunque acaba de recibir el Premio de la Sociedad Urológica Madrileña, esta historia comienza muchísimo antes. Se comenzó a gestar cuando Enrique, hijo y nieto de urólogos y nacido en el Madrid de 1950, escuchaba en silencio las batallas de quirófano de su padre y su abuelo. «La verdad es que nunca quise otra cosa que ser médico». Le gustaban, como a tantos jóvenes de la época, las películas del comandante Cousteau, las imágenes de paraísos ocultos submarinos. El dato no es accesorio, pues cuando en aquella conferencia en Madrid vio las películas que había grabado Reuter, aquellos territorios inexplorados en las vejigas de los pacientes, le pareció que se encontraban bajo el agua.

Aquel «¿me puedo ir con usted?» se le dio bien. En Stuttgart, hospedado en casa de la suegra de Reuter, aprendió las técnicas de colarse en el cuerpo humano no con bisturí, sino a través de un tubo metálico. «Siempre me ha dado grima la gran cirugía, los grandes cortes», admite. Penetrar en el aparato urinario casi como un polizón y sin cometer una carnicería le vino al pelo. Puso en marcha la técnica en el Hospital de La Paz, pero hasta el momento, el paso solo se había probado en el aparato urinario inferior (la uretra, la próstata y la vejiga) con un tubo de acero por el que podían ver y operar.

Los uréteres y los riñones eran un territorio prohibido que se visitaba a golpe de escalpelo. Hasta el 29 de mayo de 1979. «Llegó una

mujer con el uréter muy dilatado y me dije que podría 'pasar' con el endoscopio hasta el riñón. Me sentí

Cristóbal Colón descubriendo un nuevo mundo». Después, en casa, pensó que con un endoscopio distinto, podría llegar hasta el riñón sin dar un solo punto de sutura. Ángela Cuartero, su mujer y enfermera, hizo los dibujos en casa, él viajó a Alemania, encargó el aparato y desde entonces ahorró millones de cicatrices. Eureka. Con los años, le adaptaron tijeras, pinzas, y hasta fibra láser. El aparato, que a simple vista no es más que un tubo fino, funciona como uno de esos robots de los Tedax, que hacen de todo donde no pueden llegar las personas: opera y rompe piedras, tumores, cuerpos extraños y diagnóstica hemorragias internas.

En su despacho de la Clínica La Luz donde pasa consulta, asegura que la patente no le hizo rico, pero le trajo muchos pacientes. «Es reconfortante saber que ha ayudado a la gente». No sabe cuántos han pasado por sus manos, pero Pérez-Castro cree que han sido

HISTORIA DE UN INVENTO

Un intruso amable

El ureterorenoscopia Pérez-Castro es un tubo delgado de metal que permite acceder hasta los riñones desde las vías urinarias. Esto no se podía hacer hasta que se inventó y los problemas renales se solucionaban con bisturí. Con su invento se pueden detectar hemorragias, romper y sacar piedras u operar tumores.



Detalle de la sonda. :: M. JARA

Los orígenes

El 25 de mayo de 1979 en La Paz, Pérez-Castro atiende a una paciente con los uréteres dilatados, así que consigue entrar en uno de sus riñones con un endoscopio. Pensó que con un tubo más fino podría hacerlo con todos sus pacientes. Lo diseñó con su mujer y lo construyeron en Alemania.

50.000 pacientes han pasado por las manos de Enrique Pérez-Castro durante más de 30 años de carrera. En un solo día ha llegado a operar a siete personas.

unas 50.000 personas, gente anónima pero también presidentes de bancos, empresarios y políticos de diverso rango de los que nunca da el nombre. Desde ministros hacia abajo, de todo. Entre esa multitud a la que ha tratado, recuerda con una sonrisa a un joven al que le abrieron a bisturí en los 70 para sacarle una piedra del riñón. Después de un tiempo buscando el tesoro en sus entrañas, el doctor salió de quirófano y buscó a la madre del paciente.

– **No encontramos la piedra.**
– ¿Esta piedra? – Sacó algo del bolsillo y el médico la miró como si hubiera visto un alienígena. Es que la 'evacuó' ayer.

– ¿Por qué no me lo ha dicho? – Si se lo digo, no le operan.
En otra ocasión, recibió a una mujer para unas pruebas de vejiga. Estaba perfecta así que repitieron el análisis. «¿Seguro que tenía cita para esta prueba?», preguntó el médico. «No, la cita era para mi hija, pero hoy tenía un examen». Entre bromas, se echó mano de memoria, la conversación se mete en sombra. «Fueron cuatro y los llevo grabados aquí – se golpea la sien con la yema del índice. Nunca se me olvidarán sus caras, ese momento en el que se fueron y la pena de su familia. La ciencia médica tiene un límite y en ningún caso conseguimos

averiguar la causa de la muerte». También salvó a muchos otros, algunos a los que ni siquiera vio, pero que pudieron ser operados en países más pobres con su ureterorenoscopia, un 'gadget' mucho más económico que los equipos de litotricia extracorpórea (la 'bañera', otra opción para extraer y romper cálculos).

«La espada asesina»

No todo fue tan fácil. Cuando presentó su invento, muchos médicos españoles se pusieron de uñas, temerosos de que ensartara a sus pacientes con su tubo mágico de medio metro. En el congreso de Urología de París de 1980, hasta le

buscaron un mote: 'La espada asesina de Pérez-Castro'. Después cambiaron las tornas y el médico viajó por los cinco continentes. Enseñaba sus técnicas y las películas de sus operaciones, que al principio trufaba con imágenes del mundo exterior. Si quería transmitir cómo rompía una piedra sin dañar la vejiga, lo ilustraba con el derribo de un edificio. En una ocasión le preguntaron cuánto le había costado tirar abajo el bloque... Era el derribo del 'Diario Ya' y se lo había pasado Matías Prats padre, amigo de la familia y asesor en estos lances, gracias al cual, en mitad de las imágenes de una operación, entraba en erup-

ción un volcán. Con el tiempo, Pérez-Castro creó una beca para que urólogos de todo el mundo vinieran a España a aprender sus técnicas, un proyecto que fue una puerta de salida para muchos médicos cubanos de la oposición y que ha dejado un álbum con fotos de más de 200 doctores.

Cuando no anda explorándole las entrañas a los humanos (ha llegado a operar a siete personas en un día) se ocupa de una familia de tres hijos y cuatro nietos de los que ninguno, por ahora, ha tomado el bisturí. Quizás por pasar tanto tiempo en la estrechez de los cálices en los que trabaja, en cuanto viajó un rato, el doctor busca el aire inmenso de la sierra de Jaén en la que le gustaría retirarse. Allí puede amanecer detrás de un lenisco esperando el siseo de un bando de tórtolas o tirarse por las quebradas y perderse en la noche detrás de un rastío. Es uno de los mayores cazadores aficionados que hay en España. Ha seguido piezas por todo el mundo desde hace 40 años, pero su mayor pieza la cobró en la precisión milimétrica de un quirófano de Madrid el 25 de mayo de 1979, cuando entró en los terrenos prohibidos de un riñón.



FRANCISCO APAOLAZA